

16.
CORAZÓN DE JESÚS
EN QUIEN EL PADRE SE COMPLACIÓ MUCHO

Cor Iesu, in quo Pater sibi bene complacuit

P. Rodrigo Fernández, Sacerdote peruano
Misionero en Perú

Para los hijos es siempre un gozo enorme poder ver felices a sus padres. Esta es la razón por la cual nos esforzábamos en complacer a nuestros padres cuando éramos niños. Sabíamos que para alegrarlos y verlos felices, no había más que obedecer lo que ellos nos pedían o cumplir lo que esperaban de nosotros. Incluso ahora, aunque seamos hijos ya bastante grandes, sabemos que una forma de alegrar a nuestros padres es acudir a ellos por consejo o mostrarles con gratitud que sus enseñanzas han calado en nosotros.

El motivo que tenemos para buscar la complacencia de nuestros padres o de otras personas que amamos, es justamente eso, el amor. Pues solo el amor puede causar las grandes entregas que tenemos en nuestras vidas:

- Ya sean las que se hacen *una vez en la vida*, porque son *absolutas, extraordinarias y muestras de un amor hasta el extremo*. Por ejemplo, el contraer matrimonio, entrar en la vida consagrada o aceptar una gran Cruz que puede cambiar nuestra vida.

- Ya sean las entregas que se hacen *cotidianamente* –y justamente en esto consiste su grandeza– *uniéndonos a la voluntad del amado en lo pequeño y ordinario*. Por ejemplo, como un esposo se esfuerza en servir a su esposa en la vida de hogar o un religioso sirve a Cristo a través de su vida en comunidad.

La intención más pura que podemos tener para agradar a otra persona es *el amor* que le tenemos. Por supuesto, este amor y el consiguiente deseo de complacer al otro debe estar fundado en la verdad, el bien y la gracia. Mientras mayor sea la verdad, el bien será más grande y, en consecuencia, el amor más intenso, siendo elevado por la gracia al rango de caridad teologal. Con razón dice la esposa del Cantar de los Cantares (8,6): *ponme como un sello sobre tu corazón... que es fuerte el amor como la muerte...*

Nadie buscó complacer más al Padre que su Hijo amado, Jesucristo. Nadie lo ama tanto ni busca cumplir tan perfectamente su voluntad como el mismo Hijo de Dios, quien llegó hasta el extremo de entregarse totalmente por amor en la Cruz. Que el Espíritu Santo nos ilumine para poder meditar acerca de esta verdad y así busquemos complacer a nuestro Padre Celestial, uniéndonos a los Sagrados Corazones de Cristo y María.

1. El Padre se complace en el Hijo

El primero de los cantos de Isaías sobre el Siervo de Yahveh nos revela la presentación que hace el Padre de su elegido por boca del profeta: *He aquí a mi Siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien se complace mi alma* (Is 42,1).

El mismo Padre hablará siglos después –y sin mediación de profetas– en el Bautismo de Cristo y en su Transfiguración. En estas ocasiones ya no lo llamará Siervo sino *mi Hijo el amado, en quien tengo mis complacencias* (Mt 3,17) y también *mi Hijo el Amado, en quien me complací* (Mt 17,5).

Queda claro que el Padre desea presentar a su propio Hijo, como Aquel en quien el mismo Dios puede encontrar plenamente su agrado. ¿A qué se debe esta complacencia? La razón es que Cristo es quien cumple más perfectamente la voluntad del Padre, tanto en la vida oculta y ordinaria

de Nazareth como en la glorificación suprema de la Cruz al declarar *Todo está cumplido* (Jn 19,30).

2. El Hijo se complace en nosotros

El mismo Verbo, Sabiduría divina, nos revela que esta complacencia mutua entre el Padre y Él es anterior a todos los siglos: *estaba yo con Él como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante Él en todo tiempo* (Pr 8,30). Pero luego nos dice que así como el Padre encuentra en el Hijo su complacencia, el Hijo encuentra la suya en estar con la humanidad: *recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres* (Pr 8,31). Es decir, se complacía en estar con los hombres, anticipando lo que –una vez Encarnado– diría a sus discípulos: *ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros* (Lc 22,15).

Ese *deseo ardiente* no se ha extinguido en el Corazón de Cristo. Tiene sed de nuestro amor, de un amor que corresponda a ese Corazón que *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). Era tanto ese extremo de amor que quiso quedarse con nosotros en la Eucaristía. Así dice San Juan de Ávila: «Cuando más ardía el fuego de su amor para con nosotros en su bendito Corazón, instituyó este Santísimo Sacramento, que fue un día antes que padeciese»¹.

Cuando el Hijo encuentra un corazón humano dispuesto a saciar su sed divina de amor, especialmente en la devoción eucarística, es cuando puede decir que en ese corazón *ha encontrado sus delicias*.

3. El Padre quiere complacerse en mí

Aún más, este deseo de encontrar su gozo en la disposición de nuestro corazón hay que entenderlo de manera íntima y personal.

¹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras Completas III*, Sermón 49, n. 9, p. 639.

Hasta que no nos hayamos convencido de que Cristo *me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Ga 2,20), no tendremos con Él una relación verdaderamente personal. Una vez que hayamos hecho nuestras esas palabras, veremos: cuánto amor Él ha usado con nosotros, a qué precio de sangre hemos sido comprados (cf. 1 Cor 6,20; 7,23; 1 Pe 1,18-19) y cuánto amor estamos llamados a devolver. Es decir, al sentirnos realmente amados encontraremos nuestras complacencias más elevadas en la fuente de ese amor, sólo Dios.

Justamente en esto desea complacerse el Padre: *ver que nuestro corazón busca complacerse sólo en Él*. De tal modo, que lleguemos a decirle *tu gracia vale más que la vida* (cf. Sl 63), *¿si te tengo a ti en el Cielo que me importa la tierra?* (cf. Sl 73,25). No es otra cosa que vivir la exhortación de San Pablo a los Colosenses (3,1-2): *buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra*.

En resumen, si nuestro corazón encuentra su complacencia en seguir la voluntad del Padre, Él también se complacerá en nosotros. De tal modo que el Padre pueda decir: «He hallado a *N. según mi corazón porque hará en todo mi voluntad*» (cf. He 13,22).

4. Jesús nos dice: dame hijo mío tu corazón

No hay corazón que se haya complacido más en la voluntad del Padre que el Corazón de Cristo. Por lo tanto, si deseamos también nosotros encontrar nuestras complacencias en el Padre, *hay que pedir a Cristo que nos dé su Corazón*.

Sin embargo, para recibirlo debemos tratar de vaciarnos de toda forma de amor mundano, sacando de nuestro pecho el corazón demasiado humano. Podemos escuchar al mismo Cristo anticiparse a este deseo: *Dame, hijo mío, tu corazón y pon tus ojos en mis caminos* (Pr 23,26). Quiere

Jesús que nos vaciemos de nuestro corazón para poder recibir el suyo y así complacernos en el Padre tanto como Él mismo lo hizo en la tierra y lo sigue haciendo en la gloria.

Cuando decimos que Cristo nos pide el corazón, no debemos entenderlo como si nos pidiera una experiencia mística inalcanzable, sino que nos pide enderezar nuestros afectos y criterios de juicio hacia Él. Este es el objetivo de nuestra vida, configurarnos cada vez más con Cristo. De tal modo que al final de nuestra vida podamos decir también: *Todo está cumplido* (Jn 19,30).

5. Conclusión: concédeme tu corazón María

Vemos que en esta dinámica de amores, entregas y complacencias entre lo divino y humano, está siempre Jesucristo. Específicamente, su Sagrado Corazón, un corazón de hombre colmado de amor divino. Por ello, si queremos que Dios Padre encuentre en nosotros sus complacencias, debemos unirnos al Corazón de Cristo para amar al Padre y cumplir su voluntad santísima.

¿Dónde aprendió Jesús a complacer en todo la voluntad de Dios? En el Corazón Purísimo de la Madre del Amor Hermoso. Hagamos entonces un intercambio de corazones haciendo caso a su pedido, demos nuestro corazón a Jesucristo. Es decir, tratemos de que nuestros afectos y criterios de juicio se transformen en aquellos que animaban su Sagrado Corazón.

Para mejor hacerlo, pidamos el corazón de Aquella que formó ese Corazón Santísimo. Luego de Jesucristo, en ninguna otra humanidad Dios se complació más, pues el mismo arcángel le dijo: *has hallado gracia delante de Dios* (Lc 1,30).

Usemos las palabras de San Luis de Montfort: «¡Concédeme tu corazón María!»². Así estaremos pidiendo el corazón de la persona humana que más amó al Padre y en quien Él encontró sus complacencias. Que Ella nos moldee el corazón para complacernos en la voluntad del Padre y así poder imitar a los Sagrados Corazones en cada entrega cotidiana, diciendo: *Hágase en mí según tu Palabra...* (Lc 1,38); *todo está cumplido* (Jn 19,30).

² SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 266.